

Recuentos asturianos

Una relación de novedades recientes

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Hablo solo de Asturias y específico. Un momento muy agradable para quienes reseñamos libros lo marca el regalo –por parte del autor o de la editorial– de un volumen recién salido de imprenta. Un momento hartamente desagradable lo marcan los segundos posteriores, cuando cae uno en la cuenta de que habrá de referirse al neonato en estas páginas si no quiere quedar como arrogante desagradecido. El momento de terror llega al darse cuenta el arriba firmante de que nunca va a acertar: si escribe mucho de este y poco de aquel, malo; si es amigo, para echarse a temblar, pues todo le parecerá poco al autor; si solo es conocida o saludada, nunca llegará a ser amiga, pues tampoco le resultará suficiente; si de este sí, pero de otro no, será tildado de sectario y partidista; si el libro le parece flojo, a disimular tocan; si lo tiene por bueno, dirán que la crítica entusiasta obedece a favores recibidos... Jamás se da en la diana. Así que consulté tal zozobra a mi psicólogo cognitivo conductual, quien me aconsejó que hiciera exactamente lo que me diera la gana. Mi psicoanalista, por el contrario, fue partidario de que conviviese con ello a base de mucha cara y aceptación. Por fin, mi psiquiatra concluyó: "Escribe solo de autores lesotenses o kazajos, seguro que nunca te los encontrarás por la calle. Y sigue con los ansiolíticos". Al no haber acuerdo terapéutico, hago lo de todos los años: llevarme durante las vacaciones de este Suplemento los libros de autores de aquí y hurtar así el bulto de manera tan cobarde que me avergüenza. Picoteo, pues y antes, entre aquellos que me acompañarán el verano que mañana comienza.

Me va a gustar **Referencial**, del truibeco **Ignacio Ferrando**: el arte, la repetición de uno mismo, eso que llaman ahora "thriller moral". Y releeré la **Autobiografía de Marilyn Monroe**, del cangués oriental **Rafael Reig**, que ahora reedita el mismo sello que el anterior. No pude hincarle el diente en su momento a **Mujer en el bar**, del ovetense de **Ovidio Parades**, que tanto éxito tiene en las redes. Ha llegado el

momento de hacerlo, pues participa en el volumen colectivo de relatos que me convida el gran y solícito **Manolo D. Abad**, autor del prólogo y del cuento que cierra **Sucedió en Oviedo**, donde aún a los ovetanos **Marcelo García**, **Lauren García** y al salense **Javier F. Granda**: pinta la cosa con muy buena pinta. Por no irme de mi ciudad natal, me quedo con la erudita obra de mi excompañera de IES **Rosa María Moriano Fernández**, quien firma junto a mi amigo **Luis Arias Argüelles-Meres** el erudito estudio **Oviedo**, ciudad de novela, que nos lleva desde **La Regenta** hasta **Jugadores de billar**, pasando por

La Asturias literaria es jauja y hacerle crónica un Everest

las clásicas más clásicas vetustenses y por relatos de amigos: **Herrero Montoto**, **Monteserín**, **Fonseca**, **Bello**, **Ruiz-Tilve** o el ya ido **Gerardo Lombardero**. (Nunca les perdonaré que no hayan incluido un cuento mío que anda por ahí, ambientado en la capital: pero merecido lo tengo por tertuliar tan poco). Me llevaré a mi reposo **Los nombres de los barcos**, del quiroso **Juan Carlos Vázquez**, premiada y marina, bárbaro. También –aunque foráneo sea **Miguel Sandín**, el que la escribe– **La tripulación del Utopía**, de cuya gracia y aparato sornón tanto me cuentan: su editorial es asturiana y un fenómeno su editor. Tampoco es de aquí **Miguel Sánchez-Ostiz**, que me regala su **Diablada** (otra máquina de macerar falsarios), pero muchos años estuvo vinculado a estas mismas páginas. Y se anuncia **Mundo remoto** de **Saúl Fernández**. Y hay más libros que la bondad autorial o editorial todavía (o nunca) me acercaron, como el de **Susana Pérez Alonso**. Y es que la Asturias literaria es jauja y hacerle crónica un Everest.

con **Marcel Breuer** profesor en Harvard. Gropius en Nueva York también realizó un imponente edificio, el Panam. Siempre desde el rigor, la contención formal y la elegancia aunque a ellos no les gustaría esta palabra, pero es delante del Seagram donde se sienta **Audrey Hepburn** con su escritor, **George Peppard**, en **Desayuno con Diamantes**. En fin, que una postura inicialmente realizada para popularizar el buen diseño, se convirtió en algo exquisito y minoritario.

Tom Wolfe escribió a principio de los ochenta un libro **¿Quién teme a la Bauhaus feroz?** en el que iba desmontando todo el rigor de aquel grupo de arquitectos. Mofándose de **Itten**, que llevó la religión mazdeista a los muros de aquella escuela y que promovía ya entonces el ser vegano, con un poco de ajo, bromea el autor de **La hoguera de las vanidades**. Pero contra lo que más se

revela Wolfe es contra el autoritarismo, la falta de condescendencia, entiende él, con el cliente.

Existe otro aspecto inquietante, el de las dicotomías de la cabeza y del corazón. Nunca tuve sensación tan elevada en un teatro como la que me produjo **Kevin Spacey** representando a Ricardo III en Avilés. Fue grandioso pese a, de ser cierto los cargos que se le imputan, tratarse de un personaje bastante deplorabile. **Benvenuto Cellini**, de quien aun podemos disfrutar la cabeza de la Medusa en la Loggia dei Lanzi de Florencia, fue, en lo personal, muy deleznable. A lo que voy: Buchenwald, campo de concentración nazi, donde hubo hasta un prisionero de Mieres, se encuentra a pocos kilómetros de Weimar, el mismo Weimar de Goethe, y de la gran Bauhaus. ¿Cómo puede estar a veces tan cerca la grandeza de la mayor de las miserias?

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Todas las razones por las que se puede matar al psicoanalista

Hará unos ocho años, la parisina **Julia Deck** (1974) tenía fresquito el manuscrito de **Viviane Élisabeth Fauville**, su primera novela. Como les va a asaltar desde la contraportada, les cuento el arranque: en menos de tres meses, una mujer de 42 años tiene a su primera hija, es dejada por su marido y asesta una puñalada mortal a su psicoanalista. En la barriga. Con un cuchillo de cocina. A Deck, adoradora de **Echenoz**, le habría chiflado publicar en Éditions de Minuit, pero compartir catálogo con **Duras**, **Robbe-Grillet**, **Deleuze** o **Bourdieu** le parecía soñar. Pues no. La editora leyó el texto, se rindió al poderío de su voz y aconsejó una poundiana cura de adelgazamiento. Y así nació esta joyita de centenar y pico de páginas que, como agujero negro, condensa la conmoción de una clase media acomodada que, tras décadas de pelear por la conquista de certezas, ve cómo se están desmoronando una tras otra. Aplastante.



Viviane
Élisabeth Fauville
Julia Deck
Trad.: Megalí Sequera
Eterna Cadencia
120 pág. 12,50 euros



Cuentos luminosos
Henry James
Henry James
Trad.: Pilar Lafuente
Navona
362 pág. 24,50 euros



Retrato del futbolista adolescente
Valentín Roma
Periférica
208 pág. 17 euros



Kathleen y Christopher
C. Isherwood
Trad.: J. M. Salmerón
Alpha Decay
224 pág. 21,90 euros

Cuatro cuentos de Henry James para explorar al maestro

La obra del maestro **Henry James**, ya lo conocen –y si no, no hagan caso de sus detractores–, es como el sueño infantil en el que, al abrir una desconocida puerta de la casa familiar, se descubre un bosque de juguetes. Por supuesto, en su obsesión por explorar todos los recodos del pensamiento y toda la ambigüedad de sus encrucijadas, James evoluciona hasta dotar a sus frases de una minuciosidad que le ha hecho blanco de no pocas chanzas. Lo suyo no es ya la palabra exacta –que por supuesto– sino la imposible aproximación exacta a la inabarcable trayectoria que se desvela al tirar del hilo del "mot juste". Y todo eso está ya presente en su escritura desde los primeros compases. Lo comprobarán, así como su evolución, quienes se acerque a estos cuatro **Cuentos luminosos**, dos de ellos anteriores a su primera novela. El cuarto, quince años posterior, se sitúa entre **Retrato de una dama** y **Las bostonianas**.

El espejismo del éxito en la memoria de un desclasado

En este **Retrato del futbolista adolescente** hay dos palabras que está claro por dónde van. Por su parte, lo del futbolista alude a la etapa en la que **Valentín Roma**, hijo de manchego emigrado a Barcelona, cabalgaba sus hormonas a lomos de dos pulsiones: la que le movía a leer y a escribir, y la que le llevaba a caracolear con el balón. Tanto lo hizo que hasta pareció que la cosa iba en serio. Ya sabemos que no. A Roma –bien lo disfrutamos en **El enfermero de Lenin**– le gusta mirar hacia dentro. Hacia la familia, hacia el pasado. Y proyectar esas miradas sobre el mundo, para ver si lo entiende y se entiende. Como nació en 1970, háganse a la idea de que estas páginas son espejo de mediados y finales de los 80. Y como pasean por el campo y el vestuario pero nacen y mueren en la familia, y en las calles, de un desclasado, dispónganse a internarse más por la banda del espejismo del éxito que por la del mero sudor del regate en corto.

La pendiente hacia el abismo vista día a día por Isherwood

El inglés **Isherwood** está asociado desde hace décadas a la película **Cabaret** (1972), basada en buena parte en su novela **Adiós a Berlín**. **Isherwood**, que acabó sus días (1904-1986) en California, se ha vuelto un testigo de referencia de los convulsos años 30, tanto por su estancia en Alemania hasta 1933, y su radiografía del ascenso nazi, como por su amistad y sus viajes con **Auden** y **Spender** o su temprana militancia homosexual. Buena parte de lo que se sabe de sus andanzas de esa década bebe en su autobiografía, ya que por precaución había destruido sus diarios. De ahí la relevancia que, para quienes se interesan por su figura y su tiempo, tienen las cartas a su madre recogidas, junto a numerosas fotografías, en **Kathleen y Christopher**. Escritas entre 1935 y 1940, no sólo muestran sin mixtificaciones su cotidianeidad sino que, además, reflejan en estado puro su visión de un mundo abalanzándose al abismo.